

llegar á las alturas de Vermantou, y bajar al valle que atraviesa el Loira, nos aguardaba el enemigo en la llanura, y sus armas nos rodeaban por todas partes. Cercábannos dos ejércitos, y no había esperanza de vencer ni de huir. Abatiéronse los más esforzados, y todos, presa de la desesperación, se disponían á entregar las armas. Cuando los capitanes deliberaban, y no encontraban medio alguno de salvarse... he aquí que se ofrece á nuestra vista una maravilla. De lo más espeso del bosque sale de repente una doncella, con un yelmo en su cabeza, como la Diosa de la guerra, bella asimismo, y terrible su aspecto; su cabello, en espesos rizos, caía sobre sus espaldas, y pareció que un resplandor sobrenatural lo iluminaba todo, exclamando en voz alta: «¿Por qué vaciláis, bravos franceses? ¡Al enemigo! Aunque fueran más numerosos que las arenas del mar, Dios y la Santa Virgen os guían!» Rápida arrebató la bandera de las manos de quien la llevaba, y con osadía y valor se puso al frente de las tropas. Nosotros, mudos de sorpresa, contra nuestra voluntad, seguimos á la bandera, que flotaba en lo alto, y á la que la llevaba, y atacamos sin titubear al enemigo, que, atónito é inmóvil, contemplaba este portentoso con ojos abiertos y parados... De improviso, como si les acometiera miedo infundido por Dios, se ponen en huida, tiran armas y pertrechos, y se derraman en confuso tropel por el campo. Inútiles son las voces de mando y las exhortaciones de los capitanes, porque, desalentados de miedo y sin volver la cara atrás, hombres y caballos se precipitan en el río, y se dejan degollar sin resistencia. Era una matanza, no una batalla. Dos mil hombres cubren la tierra, sin contar los anegados, y nosotros no hemos perdido uno solo.

CARLOS. — ¡Raro, por Dios, es esto, extraño y milagroso!

INÉS. — ¿Y es obra de una doncella? ¿De dónde viene? ¿Quién es?

RAOUL. — Sólo al Rey quiere declararlo. Dicese profetisa, enviada por Dios, y promete salvar á Orleáns, antes de la luna nueva. La cree el pueblo, y arde por combatir. Sigue al ejército, y pronto estará aquí. (Oyense campanas y ruido de armas, que chocan.) ¿Oís el bullicio? ¿Oís las campanas? Es ella; el pueblo saluda á la mensajera de Dios.

CARLOS. (A Duchatel.) Traedla... (Al Arzobispo.) ¿Qué he de pensar, cuando una doncella me proporciona la victoria, y ahora justamente, cuando sólo el poder divino puede salvarme? Esto no es natural, y me inclino á... ¿Debo, oh Arzobispo, considerarlo como un milagro?

MUCHAS VOCES. (Detrás de la escena.) — ¡Viva, viva la doncella, nuestra salvadora!

CARLOS. — ¡Ya llega! (A Dunois.) ¡Ocupad mi lugar, Dunois! Probaremos si es esta joven maravillosa. Si Dios la inspira y la envía, conocerá quién es el Rey. (Dunois se sienta, y el Rey se queda en pie á su derecha, y junto á él Inés Sorel: enfrente el Arzobispo y los demás personajes, dejando libre el espacio intermedio.)

ESCENA X.

Los mismos y JUANA, acompañada de los consejeros y de muchos caballeros, que llenan el fondo de la escena; se adelanta con dignidad, y examina á cuantos la rodean.

DUNOIS. (Después de un silencio solemne.) — ¿Eres tú, doncella milagrosa...

JUANA. (Interrumpiéndolo, y mirándolo con orgullo.) — ¡Tientas á Dios, Bastardo de Orleáns! Abandona ese lugar, que no es el tuyo, porque vengo á visitar otro más elevado que tú. (Dirigese con decisión al Rey, dobla ante él una rodilla, y se retira)

en seguida. Todos expresan su admiración. Dunois abandona su sitio, y lo deja al Rey.)

CARLOS.—Hoy ves mi rostro por primera vez. ¿Cómo, pues, lo has conocido?

JUANA.—Os he visto, cuando Dios sólo os vela. (Se acerca al Rey, y le habla en secreto.)—Acordaos que la noche anterior, cuando todos dormían á vuestro rededor profundamente, os levantasteis y dirigisteis á Dios ferviente súplica. Que se vayan todos, y os repetiré lo que le dijisteis.

CARLOS.—Lo que yo confío al cielo, no he de ocultarlo ante los hombres. Repíteme mis palabras, y no dudaré que Dios te inspira.

JUANA.—Tres cosas le pedisteis; mirad, oh Delfín, si son éstas. Rogasteis á Dios, primero, que si había alguna injusticia afecta á vuestra corona, ó alguna falta grave, cometida por vuestros antepasados, y no expiada, causa de esta guerra deplorable, que vos, no vuestro pueblo, fuese la víctima expiatoria, y que sobre vuestra cabeza sola descargara todo el peso de su cólera.

CARLOS. (Retrocediendo asustado.)—¿Quién eres tú, sér poderoso? ¿De dónde vienes? (Todos expresan su admiración.)

JUANA.—Hicisteis al cielo esta segunda súplica: que si la resolución y suprema voluntad divina era despojar del centro á vuestra familia, y de todo lo que los Reyes, vuestros abuelos, poseyeron en este imperio, pedíais en cambio que os conservara sólo tres bienes: una conciencia tranquila, el corazón de un amigo y el amor de Inés. (El Rey se oculta el rostro, llorando conmovido; la sorpresa de todos es grande; pausa.) ¿Digo también cuál ha sido la tercera súplica?

CARLOS.—Basta. Te creo. Ningún mortal puede igualarte. Te envía Dios Todopoderoso.

EL ARZOBISPO.—¿Quién eres tú, santa y maravillosa doncella? ¿En qué bendito país naciste? ¿Quiénes son los padres, favorecidos por Dios, que te engendraron?

JUANA.—Juana es mi nombre, oh señor dignísimo. Soy la hija humilde de un pastor, natural de Dom Remi, aldea de mi Rey, en la diócesis de Toul, y he guardado, desde niña, los rebaños de mi padre... Mucho, y con frecuencia, he oído hablar del insular extranjero, que ha pasado el mar para hacernos esclavos, é imponernos un Monarca, también extranjero, que no quiere el pueblo; y que se ha apoderado de París, la gran ciudad, y del Reino. Entonces rogué á la Santa Madre de Dios que nos librase del oprobio de llevar extrañas cadenas, y que nos conservase nuestro Señor natural. Delante de la aldea, en donde he nacido, hay una imagen muy antigua de la Virgen, á donde acuden muchos piadosos peregrinos, y junto, una añeja encina, célebre por sus milagros. Sentábame yo á menudo á su sombra, guardando mi rebaño, porque mi corazón me llevaba á ella; y ni uno de mis corderos se perdía en las desiertas montañas, al dormirme allí, porque me decía el sueño en dónde se ocultaba... Y en una ocasión, en que pasé toda la noche en éxtasis piadoso al abrigo de sus ramas, resistiendo al sueño, se me apareció la Virgen Santa, con espada y bandera, pero vestida, como yo, de pastora, y me dijo: «Soy yo. Levántate, Juana. Deja el rebaño. El Señor te llama á otra ocupación. Toma esta bandera. Cíñete esta espada. Aniquila con ella al enemigo de tu patria; lleva á Reims al hijo de tu Soberano, y pon en sus sienes la corona real.» Yo le contesté: «¿Cómo yo, doncella delicada, é ignorando el arte de la guerra, he de hacer tal cosa?» Y ella replicó: «Una joven pura es capaz de llevar á cabo grandes cosas en la tierra, si puede resistir el amor mundano. ¡Mírame! Doncella casta, como tú, dí á luz al Señor, tu Dios, y yo misma soy santa ahora.» Entonces tocó mis párpados, y cuando miré hacia arriba vi el cielo lleno de ángeles, que llevaban azucenas en sus manos, y que circulaban en el aire sonidos armoniosos...

Así se me apareció la Virgen tres noches consecutivas, diciéndome: «¡Levántate, Juana! El Señor te llama á otra ocupación.» Y á la tercera noche, mostróse colérica, y añadió: «La docilidad es el primer deber de la mujer sobre la tierra, y la resignación su triste destino; se enaltece por sus servicios más penosos, y la que los cumple aquí, allá arriba vive en la gloria.» Y mientras hablaba así, se despojó del traje de pastora, y, como Reina del cielo, se presentó en todo su esplendor, entre nubes de oro, que la llevaban, y desapareció lentamente en la mansión de las delicias. (Todos se conmueven; Inés Sorel, derramando copiosas lágrimas, oculta su rostro en el pecho del Rey.)

EL ARZOBISPO. (Después de una larga pausa.)—Ante un testimonio divino tan elocuente, han de desvanecerse todas las dudas de la humana prudencia. El éxito ha probado la verdad de sus palabras. Dios sólo es capaz de tales portentos.

DUNOIS.—No á sus milagros; á la expresión de sus ojos, al candor de su rostro doy yo entero crédito.

CARLOS.—Y yo, pecador, ¿soy merecedor de esa gracia? ¡Tú, cuya mirada, incapaz de engañarse, lo ve todo; tú conoces el fondo de mi alma y mi humildad ante tí!

JUANA.—La humildad de los potentados resplandece pura allá arriba. Porque os humillasteis, fuisteis ensalzados.

CARLOS.—¿Podré, pues, resistir á mis enemigos?

JUANA.—Pondré á vuestros pies la Francia.

CARLOS.—¿Dices que Orleáns no será tomada?

JUANA.—Antes el Loira correría hacia su fuente.

CARLOS.—¿Entraré vencedor en Reims?

JUANA.—Os llevaré allá, pasando entre millares de enemigos. (Todos los caballeros presentes hacen sonar sus lanzas y escudos, y dan señales de su ardimiento.)

DUNOIS.—Póngase Juana al frente del ejército, y seguiremos ciegos á donde nos lleve este general divino. Sus ojos

proféticos nos guiarán, y mi cortante espada sabrá defenderla.

LA-HIRE.—No temeremos á todo el mundo en armas, si precede á nuestros batallones. El Dios de la victoria está á su lado, y puesto que su poder es tan grande, que nos lleve al combate. (Los caballeros hacen resonar sus armas, y se adelantan.)

CARLOS.—Sí, santa doncella; guía á mi ejército, y te obedecerán sus capitanes. Esta espada, que simboliza el supremo mando militar, y nos fué enviada por el colérico Condestable, ha encontrado manos dignas que la manejen. Recíbela, santa profetisa, y que en adelante...

JUANA.—No, noble Delfín. No por medio de este simbolo del poder terrestre logrará mi Señor la victoria. Conozco otra espada, que le proporcionará el triunfo. Os la indicaré, según el Espíritu me la ha enseñado. Enviad, pues, por ella.

CARLOS.—¡Habla, Juana!

JUANA.—Manda á la antigua ciudad de Fierbois, á su iglesia de Santa Catalina, en donde existe una bóveda llena de armas, trofeos de remota victoria. Allí está la espada, que ha de servirme. Se distingue porque tiene grabadas en la hoja tres flores de lis. Que la traigan, y con ella venceréis.

CARLOS.—¡Que vayan por ella! ¡Hágase lo que dice!

JUANA.—Que traigan también una bandera blanca, con una franja bordada de púrpura. En ella estará representada la Reina del cielo con su bello niño Jesús, sobre una esfera terrestre. Esta bandera es la que me ha mostrado la Madre de nuestro Redentor.

CARLOS.—Obedézcase á cuanto dice.

JUANA. (Al Arzobispo.)—Poned vuestras manos sobre mi cabeza, oh digno Arzobispo, y bendecid á vuestra hija. Arrodíllase.)

EL ARZOBISPO. — Has venido para derramar bendiciones, no para recibirlas... Que Dios te dé fuerzas. Nos somos pecador é indigno. (Levántase Juana.)

UN ESCUDERO, PAJE NOBLE. — Llega un heraldo de los generales ingleses.

JUANA. — Que entre, porque Dios lo envía. (El Rey hace una señal al paje, que se va.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS y EL HERALDO.

CARLOS. — ¿Qué traes, Heraldo? Di á qué vienes.

EL HERALDO. — ¿Quién es el que habla aquí por Carlos de Valois, Conde de Ponthieu?

DUNOIS. — ¡Indigno heraldo! ¡Bribón despreciable! ¿Osas acaso renegar del Rey de Francia, en su propio territorio? Tu investidura te protege, por que si no...

EL HERALDO. — Francia no acata más que á un Soberano; ¿se está en el campamento inglés.

CARLOS. — ¡Sosiégate, primo! ¡Tu comisión, Heraldo!

EL HERALDO. — Mi ilustre Señor, que deplora la sangre, ya vertida, y la que ha de derramarse, mantiene en sus vainas las espadas de sus soldados, y antes de tomar á Orleans por asalto, se digna proponeros condiciones de arreglo ventajosas.

CARLOS. — ¡Oigámoslas!

JUANA. (Adelantándose.) — Permitid, Señor, que yo hable en vuestro nombre con este Heraldo.

CARLOS. — Haz lo que desees, doncella. Decide tú de la guerra ó de la paz.

JUANA. (Al Heraldo.) — ¿Quién te envía, y en nombre de quién hablas?

EL HERALDO. — En nombre del general, Conde de Salisbury.

JUANA. — ¡Mientes, Heraldo! Tú no lo representas. Sólo hablan los vivos, no los muertos.

EL HERALDO. — Mi general vive, lleno de salud y de fuerza, y vive para perderos á todos.

JUANA. — Vivía cuando lo dejaste. Hoy por la mañana ha muerto de una bala, disparada desde Orleans, cuando miraba desde la torre de La Fournelle... ¿Te ríes porque te digo lo que sucede lejos de tí? No des crédito á mis palabras, pero dalo á tus ojos. Encontrarás su entierro cuando regreases. Ahora, Heraldo, particípame el objeto de tu venida.

EL HERALDO. — Si tú sabes descubrir lo oculto, lo conocerás sin mi ayuda.

JUANA. — No necesito saberlo, pero tú escúchame; y repite mis palabras á los Príncipes, que te envían. ¡Rey de Inglaterra, y vosotros, Bedford y Gloster, que devastáis este Reino; dad cuenta al Rey del cielo de la sangre vertida; devolved las llaves de todas las ciudades que habéis tomado contra el derecho divino! La Doncella es enviada por Dios para ofrecer la paz ó la guerra sangrienta. ¡Elegid! Os lo anuncio para que no aleguéis ignorancia. El Hijo de la Virgen María no consiente que poseáis á la bella Francia... ha de ser Carlos, mi Señor y Delfin, quien, por mandato de Dios, ha de entrar solemnemente en París, acompañado de todos los grandes de su Reino.

Ahora, Heraldo, véte y apresúrate, porque antes que llegues al campamento y lleves la noticia, estará allí la Doncella, y plantará en Orleans su bandera victoriosa. Vase; todos los presentes se ponen en movimiento, y cae el telón.)